

díar la ciencia de su salvación y procurar entrar por los caminos de Dios; á todos toca el ser contenidos en sus juicios, mortificados en su vida, moderados en sus pasiones, humildes en sus sentimientos, apacibles y caritativos en el trato con nuestros prójimos. ¿No nos exhorta todavía con sus obras? Si sus palabras movían á tantos corazones, ¿no moverán sus obras á los nuestros? Aquellos ejemplos que corrigieron tantas malas costumbres, aquella piedad tan viva y tan tierna, que hizo á tantos religiosos y penitentes, los sentimientos de aquella grande alma y el premio que ahora disfruta, ¿no harán alguna impresión en nosotros?

Interceded, glorioso patrono nuestro, con el Padre de las misericordias y dador de toda gracia para que nos dé la de imitaros, la paz y prosperidad en esta vuestra patria, y el que le gocemos despues con vos en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN VICENTE LEVITA Y MÁRTIR,

PATRON DE HUESCA.

(DE TRONCOSO.)

Magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam sive per mortem.

Jesucristo será glorificado en mi cuerpo, ya sea en la vida ya sea en la muerte.

S. Pablo á los filip. c. 1. v. 20.

Son tantos los testimonios que comprueban la divinidad de la religion católica, tan gloriosos los triunfos que ha reportado del infierno, que no es posible lanzar una ojeada reflexiva sobre la historia de los pasados siglos sin experimentar una religiosa veneracion hácia esa hija del cielo. Por donde quiera que fijamos el pié, pisamos un suelo regado con la sangre de mártires invictos, que en todas épocas han glorificado á Jesucristo y ensalzado su nombre augusto, ora sea en su vida, ora sea en su muerte. Hay empero algunos pueblos en donde la gloria de la cruz se ha ostentado mas brillante y esplendorosa; y entre estos, España, pueblo de predileccion, tierra clásica del cristianismo, ha merecido un lugar muy distinguido por los héroes que ha producido para gloria de la fe y honor eterno de la iglesia. El solo nombre de Vicente bastaria para evidenciar esta verdad tan satisfactoria para nuestra católica nacion. No hay rincon del globo en donde no se pronuncie con gloria, y en que no se tributen los mas solemnes obsequios á su memo-

ria. Su valor en defender los dogmas católicos, su decision en oponerse á los desmanes del paganismo, su intrepidez en exponerse á los mas crueles suplicios, su constancia en sufrir los dolores mas acerbos, han excitado la admiracion universal. Las plumas mas elocuentes se han empleado en elogiar á este insigne español. Las voces de los Agustinos, de los Leones, de los Paulinos y Prudencios, han hecho resonar sus alabanzas en los mas augustos templos del cristianismo; y ora en dulces y bien rimadas versificaciones, ora en elegantes y limados discursos, le han aclamado defensor incomparable de la fe, columna indestructible de la iglesia, ornamento y gloria del pueblo español (1).

Sí, nacion feliz, suelo venturoso, tú entre todos los pueblos del orbe tienes la dicha incomparable de poseer esa preciosa margarita. Aun cuando no te cupiese la dulce satisfaccion de ser madre de tantos mártires insignes, que en los horrores de la mas cruda guerra contra el Crucificado supieron distinguirse en valor para defender su divinidad, bastaría haber dado á luz á ese insigne levita, que tanta gloria ha dado á su divino maestro, ya en lo prodigioso de su vida, ya en lo portentoso de su muerte. ¿Hubo jamas un triunfo tan admirable como el suyo? Toda su gloriosa carrera ¿no fué una victoria constante y no interrumpida contra el error y la perversidad? Vicente venció en las palabras, venció en las penas, venció en la confesion, venció en la tribulacion, venció en las llamas, venció en las olas, venció en los tormentos, y venció en su muerte (2). Su cuerpo fué una hostia pura é inmaculada, una oblacion aceptable, un sacrificio de alabanza y glorificacion perpetua ofrecido á Jesucristo, para que en los siglos porvenir fuese ensalzado su santo nombre y engrandecida su religion en toda la tierra. Ninguno con mas derecho que este invencible mártir pudo apropiarse las palabras del apóstol que puse por encabezamiento del presente discurso: *Magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam, sive per mortem.*

Inútilmente nos detendríamos en trazar un largo y pomposo exordio, teniendo ya á nuestra vista el rumbo que debemos

(1) *August. Serm. de S. Vincent. S. Leo. Id. Prudent. Carm. 5. et act. ap. Ruinard.*

(2) *D. August. Serm. 274 et 275. in fest. S. mart. Vinc.*

seguir en el elogio de nuestro héroe. Decir que fué en su vida y en su muerte un espectáculo digno de la admiracion de los hombres, de la confusion de los demonios, de la alegría de los ángeles y de las complacencias de Dios; decir que hizo enmudecer al error, que hizo huir á la idolatría, que llenó de despecho á los tiranos y causó el mayor asombro á toda la naturaleza; decir en fin que vivió sobrehumanamente, que padeció y murió milagrosamente.... cuantos elogios pudieran reunirse para trazar el panegírico de Vicente, los hallo reasumidos en las citadas palabras de san Pablo, y en su consecuencia, he aquí lo que me propongo probar en esta mañana: Vicente engrandeció la religion de Jesucristo, y dió el testimonio mas auténtico de su divinidad: primero, en su vida, confesando la fe y sosteniéndola con admirable constancia en medio de los mas inauditos tormentos. Segundo, en su muerte, haciendo brillar en ella los mas sorprendentes prodigios. *Magnificabitur Christus in corpore meo etc.*

¡Oh Dios de los mártires, y remunerador de los que sufren por la justicia! Vos cuya gloria tanto se manifiesta en la vida y en la muerte de nuestro insigne héroe, derramad en mis labios la unción y gracia necesarias para elogiar dignamente al que vos os dignasteis ensalzar á la gloria de los escogidos, haciéndole un prodigio de valor y de constancia que hoy llena de admiracion á todo el orbe cristiano. Todos prosternados ante vuestro divino solio unimos nuestros acentos, y confiados en la mediacion poderosísima de vuestra divina madre, volvemos hácia ella nuestras plegarias y la decimos con el ángel: *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

Al proponer á vuestra consideracion, amados oyentes, la vida prodigiosa de nuestro insigne mártir san Vicente como un testimonio irrecusable de la divinidad de la religion, preciso me es repetiros las palabras del padre san Agustín sobre este mismo asunto, cuando decia: « Si en la paciencia invicta del héroe solo haceis atencion al hombre, no podrá ménos de pareceros increíble; pero si elevais vuestros pensamientos sobre lo terrestre, y considerais el poder divino, dejará de pareceros

admirable. » ¿Y quién dejaría de reconocer la mano de Dios y la acción de su poder sin límites en los hechos mas que humanos que nos ofrece la historia de este ilustre discípulo de Jesucristo? Huesca, en cuyo seno vió la luz de padres no ménos recomendables por su virtud que por su noble sangre, pudiera mejor que nosotros referir lo que desde su infancia fué este ser portentoso. Bástanos empero saber que desde sus mas tiernos años fué puesto bajo la dirección del nunca bien elogiado obispo de Zaragoza san Valerio; que fué por él imbuído en los misterios de la religion y en las humanas letras, y que su aprovechamiento y costumbres puras é intachables le hicieron acreedor á que el santo prelado le hiciese diácono de su iglesia y coadjutor suyo en el ministerio de la predicacion, á que por sí mismo no podía atender en razon de su edad avanzada. Con éxito feliz desempeñaba el jóven Vicente este cargo. Sus palabras eran de una fuerza irresistible para convertir á la fe católica á los infieles, no ménos que para sostener á los fieles en sus creencias. Sus virtudes mas poderosas aun que sus palabras, atraían de continuo un sin número de personas deseosas de alistarse bajo los estandartes de Cristo, y de seguir sus huellas á precio de su misma vida. Consumado en la ciencia de los santos y lleno de la fortaleza del espíritu del Señor, no cesaba un solo momento de anunciar á Jacob sus crímenes, tronando contra el vicio y la inmoralidad, y elevando su voz contra el error y las supersticiones del gentilismo.

Érase á la sazón el año 303 de la era cristiana. El monstruo de la persecucion comenzaba á hacer resonar en España sus horribles bramidos, y las primeras víctimas en que quiso ensangrentarse fueron Valerio y su diácono Vicente. Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, á cuya jurisdiccion pertenecía Zaragoza, expide una orden para que cargados de hierros los santos confesores, sean al punto conducidos á su presencia. Vedlos ya ante el tribunal del gobernador. No se amedrente vuestro corazón, católicos oyentes, al ver á esas dos víctimas en las manos de un tirano implacable. Dios es quien los sostiene, y ni la tribulacion, ni la angustia, ni los peligros, ni las persecuciones, ni el hierro, ni las llamas, serán capaces de separarlos de la caridad de Cristo que arde en sus pechos. Pero ántes de usar de estos medios de violencia, Daciano emplea otro no ménos peligroso para almas no tan grandes y ge-

nerosas como las de estos dos héroes. Revístese de un carácter suave é insinuante, y cual si solo abrigase en su corazón sentimientos de tierna compasion, intenta ablandar la constancia del uno representándole que su edad y sus fatigas exigian de justicia el descanso y la tranquilidad; y vencer el valor del otro ofreciéndole gloria, honor, prosperidades, y todo género de placeres, si se sometia á las órdenes de los emperadores y sacrificaba á los ídolos.

¡Qué cuadro tan patético y embelesador se ofreció entónces á los ojos de Dios! Un anciano abrumado bajo el enorme peso de los años y que apenas puede sostener sus miembros debilitados en fuerza de los ayunos y austeridades, y un jóven robusto, lleno de vida y de vigor, que le sirve de apoyo y de intérprete de sus sentimientos, ambos en presencia de un juez inicuo que espera una contestacion que debe decidir el triunfo de la fe ó la victoria del error. ¿Quién será de los dos el que tomará la palabra? El carácter augusto de que estaba revestido Valerio, su edad venerable y demas circunstancias que le acompañaban, dábanle un derecho á ser el primero en responder al gobernador; empero no pudiendo expresarse con facilidad á causa del impedimento de su lengua, comete este negocio á su virtuoso diácono; Vicente toma por los dos la palabra, y dirigiéndose á Daciano le dice: «En vano, Señor, os cansaréis en persuadirnos á abjurar nuestra fe, á la que firmemente adheridos están nuestros corazones. No nos acobardan los padecimientos ni nos amedrenta la muerte: pues estamos persuadidos á que no hay gloria mayor, ni honor mas duradero, ni placer tan delicioso, ni riqueza mas estimable que sacrificar por Jesucristo verdadero Dios y hombre, una vida que de él hubimos.» De este modo nuestro ilustre levita comenzó á glorificar y ensalzar á Jesucristo en su vida, dando en presencia de Daciano el testimonio mas auténtico de su fe y de la divinidad de la religion. ¡Y cuán prodigiosas no fueron las pruebas que de ella dió despues de esta primera confesion! Separado para siempre de su amado padre que habia sido condenado á un destierro perpetuo en punicion de su constancia, quedó Vicente hecho el blanco de todo el furor de los ministros de Satanás. Manda Daciano que se preparen los mas exquisitos tormentos para vengar en el cuerpo del jóven levita la injuria irrogada á los dioses. Menguado! Él ignora que va á ser el instrumento de

la gloria del Dios verdadero, y que aquel cuerpo en quien se dispone á cebar su crueldad, es una hostia destinada á engrandecer la religion de Jesucristo y á extender por donde quiera la gloria de su divinidad. En efecto, Vicente es extendido en el potro: crujen horriblemente los huesós del invencible mártir, dislócanse todos sus miembros, y no hay parte alguna en él que no experimente los mas vivos y acerbos dolores. » Mas no por eso desmiente en lo mas mínimo su imperturbable serenidad, ni la angelical alegría de su semblante padece la menor alteracion. Risueño en medio de tantos padecimientos, no cesa de alabar á su Dios y pronunciar su dulce nombre. En vano desgarran sus espaldas con garfios de hierro hasta descubrir las costillas: los pedazos de carne vense aquí y allí diseminados, y la sangre baña todo el suelo; pero Vicente siempre permanece el mismo; ni un quejido se oye de sus labios, ni una lágrima humedece sus párpados, ninguna alteracion hay en su rostro, ni tristeza en su corazon. Cuando mas, le oireis repetir como el ilustre Macabeo: « Del cielo recibí estos miembros del cuerpo: mas ahora los desprecio por amor de las leyes de mi Dios, de cuya mano espero volver á recibirlos (1).

Vierais al tirano arder en cólera al verse burlado por el santo mártir; vierais al mártir apostrofar al tirano y darle en rostro con su debilidad; vierais á la crueldad inventando nuevos géneros de tormento para saciar la venganza. ¿Mas qué podrás hacer ¡oh ciego Daciano! contra ese justo á quien la mano de Dios sostiene? ¿Volverás á renovar las frias heridas que las uñas aceradas abrieran en su cuerpo para avivar mas el dolor? Nada es eso para el que está llagado del amor de Jesucristo, y solo desea glorificarle y engrandecer su fe. Corra en buen hora otra vez la sangre del mártir. Descúbranse sus palpitantes entrañas; vuelvan á cebarse en su carne las tenazas, los garfios y cuantos instrumentos inventarse puedan para afligir su sensibilidad. La gracia es mas poderosa que la naturaleza; la fe es superior á las fuerzas humanas, y Cristo que en Vicente padece, tiene dispuestos triunfos todavía mayores, victorias mas gloriosas que ha de reportar contra el error y la maldad.

En efecto, católicos, persuadido Daciano de que en la constancia de Vicente habia algo de sobrenatural, sin que por eso

(1) II. Machab. c. 7. v. 11

pudiese decidirse á confesar su derrota, da tregua á los tormentos, y solo exige del santo mártir que le entregue los libros sagrados para arrojarlos á las llamas. ¡Nuevo género de impiedad! ¿Cómo podria esperarse que aquel que con valor y magnanimidad tan inconcebibles sufriera la dislocacion de sus miembros y el desgarramiento cruel de sus entrañas por sostener la fe de su divino maestro, se atreviese á poner en manos de un tirano los monumentos depositarios de esta misma fe? « En manera alguna, contesta impávido Vicente; cébense en buen hora las llamas en este cuerpo mio y consumen el sacrificio de alabanza que ha comenzado; pero no esperes que exponga yo este sagrado depósito de mis creencias á ser el escarnio y la burla de los enemigos de mi Dios y Señor. »

¡Oh Vicente magnánimo! tú serás escuchado; cumplirse han tus deseos y tus ansias de padecer. Ya está preparado el fuego; extendidas están las parrillas y prestos los verdugos para colocar sobre ellas tus atormentados miembros. Ejecútase al punto el mandato del gobernador. Vicente es extendido en aquel instrumento erizado de puntas que atraviesan su carne: aplícanse al pecho y costados planchas de bronce hechas ascuas; avívanse las brasas con puñados de sal que los verdugos arrojan frecuentemente; la grasa que destila el santo cuerpo añade nueva fuerza á aquel elemento; nada se ve sino fuego, sangre, horror. ¡Oh Dios omnipotente! ¿Es posible que vuestro siervo pueda sobrevivir á un tormento tan activo? Pero ¡oh Señor! olvidábame que vos sois el que en Babilonia fortalecisteis á tres jóvenes que por vuestro amor fueron lanzados en un horno, haciendo que de él saliesen intactos y sin la menor lesion; y tal es el prodigio que veo renovado en Valencia en la persona del jóven Vicente mártir. Sí católicos, Vicente vive en medio de aquel fuego consumidor; Vicente alaba á Dios entre las llamas; Vicente vence, triunfa, y á despecho del error y de la tiranía glorifica en su cuerpo á Jesucristo. ¡El infierno brama; el gentilismo reconoce al obrador de tamañas maravillas; los ídolos se llenan de infamia; su culto cae en el mayor descrédito; la admiracion universal sucede al odio implacable que ántes reinaba contra el santo mártir; y el gobernador espumando de cólera, se mira precisado á quitar de la vista del público un espectáculo que no puede ménos de acarrear las mas tristes consecuencias á la falsa religion del imperio.

Mas no por eso evitará Daciano los efectos de la gracia que obra en Vicente, ni será ménos glorificado el Señor en su cuerpo, porque le oculte en donde no puedan penetrar ojos humanos. Arrójenle en buen hora en una oscura prision, en un lecho de cascotes y pedazos de hierro; dense órdenes severas para que no se le suministre el menor alimento; prohibasele toda especie de alivio; ¡oh ciego paganismo! ¡cómo añades sin saber nuevos laureles á la diadema que el cielo prepara para tu víctima! ¡Y cuál te engañas si crees que Dios no puede penetrar en tus cárceles, romper los hierros y alimentar á sus servidores con un manjar que solo ellos pueden gustar! Sí, el Señor que condujo á su siervo por los rectos senderos de la inocencia y de la virtud; que le comunicó la ciencia de los santos, le asistió cuando sus enemigos intentaban sorprenderle con sus fraudes, le guardó de sus enemigos y le hizo salir vencedor en la gran lucha, no le desampará en su nuevo conflicto: con él descenderá á la hoya, le seguirá á la prision, y en medio de las cadenas ni un instante se apartará de su lado; él le dará el poder contra los que le deprimieron, y multiplicando en su cuerpo los prodigios, convencerá de mentirosos á los que le infamaron y le procurará una gloria eterna.

Asi fué, católicos. No bien Vicente hubo entrado en aquella mansion de horror, cuando de repente se vió iluminada con una luz celestial; el alma del mártir vióse inundada de un placer divino, su cuerpo lleno de vida y de una nueva robustez, y exhalando por donde quiera un olor fragante que convirtió aquella hedionda prision en un jardin ameno y delicioso. Coros angélicos descenden de la region etérea y entonan himnos y cánticos de triunfo y de alegría. Percíbese por todas partes la melodiosa armonía de aquellas invisibles inteligencias; los guardas de la prision llénanse de sorpresa; descenden.... y al ver á Vicente sin la menor señal de sus heridas, rodeado de resplandores, y convertidos los pedazos de hierro que le sirvieran de lecho en rosas olorosas y fragantes, no pueden ménos de engrandecer al Dios verdadero que tan poderoso se muestra en el cuerpo de su siervo. Conviértense á la fe de Jesucristo, pós-transe á los piés del mártir, se arrepienten de haber sido los ministros de la venganza de un tirano impío, y salen de allí proclamando en alta voz las maravillas que acaban de presenciar.

¿Qué esperas ya, oh implacable Daciano? Lucharás todavía

contra el poder divino? ¿Permanecerás aun en tu ciega obstinacion? ¿Qué medios adoptarás ya para conseguir el triunfo que deseas? Los tormentos han cedido ante la fortaleza divina de que está revestido Vicente. El furor se ha amansado en presencia de su inalterable constancia. La rabia, el encono, la atrocidad cansándose han de probar inútilmente sus fuerzas. ¿Qué pues te resta? ¡Ah católicos! ¡Cuán fecundo es el error para inventar ardidés! El inicuo juez que habia ya apurado todos los medios de afligir á su víctima, y que léjos de conseguir el objeto que se propusiera, veía burladas sus esperanzas y trastornados sus designios, adopta la resolucion mas extraña; y con admiracion de todos, dispone que el mártir sea colocado en un mullido lecho, y que se le prodigue toda especie de cuidados sin omitir nada de cuanto pueda contribuir á su perfecta curacion. Pero en vano; llegado es ya el momento en que Jesucristo, que tan engrandecido ha sido en la vida del mártir Vicente por la constancia con que ha confesado la fe en medio de los tormentos, lo sea tambien en su muerte haciendo brillar en ella los mas sorprendentes prodigios. Ved aquí el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

No hay quien pueda dudar que la vida de nuestro héroe por donde quiera que se considere, fué un portento continuado. Si se reflexiona lo que padeció, si se hace atencion á la muchedumbre y variedad de tormentos con que fué afligido, á la crueldad de los suplicios, á la acerbidad de las llagas y á la intensidad de los dolores, preciso es reconocer ó que Vicente era mas que hombre, ó que no pudo sobrevivir sin una asistencia del poder divino. Pues no se ostenta ménos portentosa la muerte de este héroe singular, tanto en la causa que la motivara, como en los efectos que á ella se siguieron. ¿Qué causa produjo la muerte de Vicente? ¡Oh Dios, cuán incomprensibles son tus juicios! ¡cuán extranjeros á los humanos cálculos los medios de que te sirves para ensalzar y glorificar tu santo nombre! Tú hiciste impenetrable el cuerpo de tu siervo á los acerados garfiós; hicístele incombustible á la voracidad de las llamas; le diste una fuerza sobrehumana para tolerar la dislocacion de sus miembros; le revestiste de un valor superior á la naturaleza para resistir la impresion dolorosísima de las planchas encen-

didias; en una palabra, le hiciste inmortal en medio de la muerte; y ahora entre las delicias del regalo, entre la molice y sensualidad de las blandas plumas, en medio de la cuidadosa solitud de criados complacientes, en el seno del placer y de los goces le haces hallar amargura, y padecimiento, y dolor!

Así fué en efecto, amados oyentes; trasladado Vicente de la prision al lugar destinado para ser curado y regalado conforme á la órden del gobernador, acuden en tropel multitud prodigiosa de fieles de todas edades y sexos, que rodeando su lecho le dan el parabien de su constancia, imprimen en aquellas nobles cicatrices ósculos afectuosos y tiernos, le acarician, le consuelan y le rinden todo género de homenajes y obsequios. Empero no bien los miembros del mártir han tocado aquel blando lecho, cuando, así como si le hubieran colocado en el suplicio mas activo y cruel, exhala su último aliento y vuela á recibir la corona inmortal que Dios le tiene preparada, interin su cuerpo permanece todavía para dar nuevos testimonios de la divinidad.

Daciano burlado en sus proyectos, se ensaña contra el santo cadáver; y ya que no le habia sido posible doblegar aquella alma magnánima y generosa á adoptar las impías supersticiones del paganismo, intenta privar á sus restos mortales del honor que el cristianismo rinde á los que por su causa sacrifican la vida del tiempo. Al efecto manda que el santo cadáver sea arastrado por el suelo y expuesto á la voracidad de las fieras en medio del campo. Pero en vano; Dios dueño y árbitro supremo de los animales no ménos que de los elementos, dispone que un cuervo le sirva de guarda y le defienda de las otras bestias. Así se ejecuta, y el cuerpo de Vicente permanece ileso bajo la salvaguardia de aquel animal, instrumento de las supremas voluntades del cielo. ¡Oh impudente furor! exclama el padre san Leon, oh locura inconcebible! Un cuervo obedece, un lobo venera al santo mártir, y Daciano todavía le persigue, y lleno de ferocidad no se avergüenza de luchar inútilmente contra aquel que se mira protegido por la misma ferocidad domesticada (1).

Tampoco se da por satisfecha su rabia con este nuevo triun-

(1) *¡Oh impudens furor, et stulta vesania! Corvus obsequitur, lupus veneratur, Dacianus persequitur nec erubescit velle se adhuc ferox perdere quem mansuefacta bestialis feritas satagebat protegere. (S. Leo. Serm. 13 in nat. S. Vincent. mart.)*

fo que sobre él ha conseguido Vicente muerto, ni por eso desiste de sus proyectos aquel hombre inhumano. Ordena que el santo cuerpo sea llevado á alta mar y allí lanzado en lo profundo de las aguas. ¡Triste recurso! ¡Impotentes designios! Pues qué ¿Dios no es el que con su mano omnipotente encerró en su ámbito á los mares, y el que con ley fija é inalterable circunscribió sus términos? ¿No es Dios el que puso sus diques al Océano cuando se derramaba por fuera como quien sale del seno de su madre, le encerró dentro de sus límites, púsole cerrojos y compuertas, y le dijo: «Hasta aquí llegarás, y no pasarás mas adelante: y aquí quebrantarás tus hinchadas olas (2)?» ¿Cómo pues, dice el citado padre, hubieran servido las aguas para vencer al soldado de Jesucristo, no habiendo sido suficiente la tierra? No; allí como aquí la mano prepotente del Excelso manifiesta su gloria y poderío, y con la misma facilidad que le sacara victorioso de los dientes de las bestias famélicas, extráele de las soberbias ondas del mar, para que así como su espíritu reposaba en el cielo, posase tambien su cuerpo en el sepulcro. De este modo el ilustre defensor de la verdad, ni es vencido por la fuerza de los tormentos ni abatido por la angustia de una tenebrosa prision, ni despedazado por las bestias, ni ocultado por las aguas. Conducido por estas á la ribera, su gloria se propaga por donde quiera: y así como en todas partes habia confesado el nombre de la divinidad, experimentó en todos tiempos y ocasiones los efectos de la divina bondad (2).

¿Quién habrá ya, pregunta el doctísimo Agustino (3), que á vista de tantos prodigios deje de reconocer y admirar en el cuerpo de Vicente la gloria de Jesucristo? ¿Qué es lo que en este martirio se ofrece á vuestra consideracion? Un juez feroz, un verdugo sanguinario y un mártir invencible, en cuyo cuerpo se ceban los tormentos, se causan las fuerzas de los tiranos, y duran todavía los miembros para sufrir de nuevo todo género de martirios. Veis á la impiedad que persiste en su obstinacion á pesar de los mayores prodigios, veis á la debilidad que no cede ante el aterrador espectáculo de los mas horrorosos suplicios, ¿y no veis la mano de Dios, no advertís la accion de la divinidad que brilla en estos hechos portentosos? ¿Cómo hu-

(1) *Job. c. 38. (2) S. Leo. loc. supr. cit.*

(3) *S. August. Serm. 276 et 277 in fest. S. Vinc. mart.*

biera podido sobrevivir un polvo corruptible á tan crueles y desapiadados tormentos, si no hubiera habitado Dios en él? Fuerza es reconocer, y alabar y engrandecer en todo esto á aquel Señor que llamando á Vicente á la fe, le dió el valor para sufrir por ella, segun aquello del apóstol: «A vosotros se os ha dado no solo el creer en Cristo, sino tambien el padecer por Cristo.» Uno y otro recibió Vicente, y por eso tuvo en las palabras la confianza, y la tolerancia en los padecimientos.

Pero ya todo pasó, hermanos míos, concluyóse la ira de Daciano, y tuvo término el dolor de Vicente: y solo resta á este una gloria inmarcesible, y á aquel un perdurable tormento. Hé aquí lo que debe llamar enérgicamente vuestra atencion. Reflexionadlo pues, y preguntaos á vosotros mismos: si nuestro ilustre mártir, vencido por el temor de los tormentos, hubiera negado á Jesucristo, ¿qué seria de él en el dia de la resurreccion? Su cuerpo hoy dia tan glorioso, veríase rodeado de fuego inextinguible; y su alma, en vez de abrevarse de las eternas delicias del cielo, abrevariase de pena sin fin, y de amargura indefinible; pues escrito está: «El que se avergonzare de confesar mi nombre delante de los hombres, será desconocido y negado por mí en presencia de mi padre que está en los cielos (1).» Mas no le negó Vicente, ántes le engrandeció en su cuerpo, ora sea en vida, ora sea en muerte, y por eso se mira él tambien engrandecido y glorificado no solo en el cielo, si que tambien en la tierra. ¿Qué region hay en el mundo, qué provincia en que no se pronuncie el nombre de nuestro insigne mártir con veneracion y entusiasmo? Donde quiera que el cristianismo ha llegado á penetrar, ¿no se celebra con gloria su admirable triunfo? El mismo imperio romano por cuyos emperadores fué condenado á sufrir tormentos tan inconcebibles, ¿no le ha elevado templos y dedicado magníficos altares?

A ti empero, ¡oh España! pertenece la parte mas especial de este triunfo: á ti cumple sobre todo gloriarte de haber producido ese portento que admira el orbe. Gloríate pues en buen hora, engalánate hoy con las vestiduras de júbilo y placer; lanza el dolor, y celebra gozosa la memoria de ese héroe invencible que tanto te ilustró, y que miéntras el sol gire en derredor del mundo, formará uno de los mas gratos recuerdos de tu histo-

(1) *Matth. c. 10. v. 33.*

ria. Pasarán los siglos; las dinastías se cambiarán; sucederánse las generaciones; y el nombre de Vicente escrito con caracteres mas duraderos que el tiempo, permanecerá lleno de honor y colmado de elogios hasta en el seno mismo de la eternidad.

Sí, ¡grande y sin par Vicente! grato es y singularmente dulce tu nombre á nuestros oídos. Nuestro corazon se dilata, y elévase nuestro espíritu al recordar que nacido en nuestro suelo, fuiste uno de los mas insignes varones que ha conocido el mundo; uno de los mas acérrimos defensores de la fe, y acaso en quien mas glorificado fué Jesucristo, tanto por lo portentoso de tu vida, como por lo prodigioso de tu muerte. Admite hoy gustoso el testimonio de nuestro amor y veneracion: séante gratos nuestros obsequios, y no sean estériles nuestras súplicas. Ruega al que tan invencible te hiciera en los tormentos, que nos comunique la fortaleza necesaria para confesarle en todo trance, y á despecho de los porfiados esfuerzos que hace el error para inducirnos á una vergonzosa apostasía. Consíguenos la gracia de permanecer fieles á los principios de nuestra santa religion y á los dogmas inconcusos que á nuestra fe propone la iglesia católica: para que saliendo vencedores de la terrible lucha que sostenemos con el mundo, con el demonio y con nuestra propia carne, glorifiquemos como tú en vida y en muerte á Jesucristo, y merezcamos ser glorificados por él en la mansion de la inmortalidad.